

# APACHITA 16

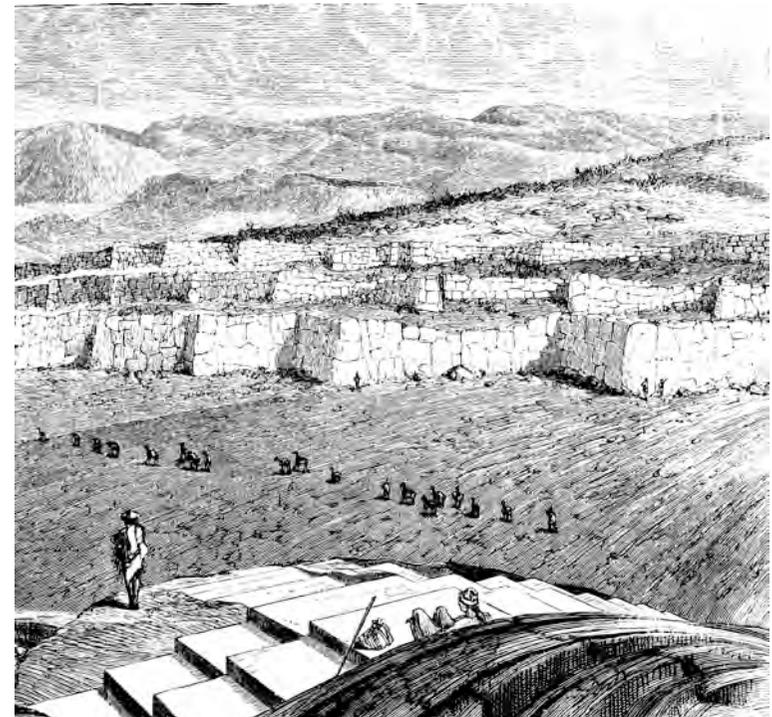
MAYO 2010

BOLETÍN DEL ÁREA DE ARQUEOLOGÍA. ERNESTO SALAZAR, EDITOR



Laboratorio de Arqueología - PUCE

Portada: Vista parcial de la fortaleza de Sacsahuamán, desde el asiento del inca.  
En *Peru. Incidents of travel and exploration in the land of the Incas*, por E. George Squier, 1878,  
Macmillan, London.



APACHITA, N° 16, mayo de 2010  
Ernesto Salazar, editor  
esalazar@puce.edu.ec



Quito-Ecuador

## Indice

El sol de oro de Guayaquil: verdadera réplica <i>Karen O. Bruhns y Nancy L. Keller</i> .....	3
Investigaciones arqueológicas en la tola Huataviro <i>Estanislao Pazmiño</i> .....	6
Tomebamba, Pumapungo, Hatun Cañar <i>José Luis Espinoza</i> .....	9
El Inventario de Registro Arqueológico: una visión personal <i>Byron Ortiz</i> .....	13
Cahokia <i>Avelina Martínez</i> .....	16
La venus de Capucuy <i>María Soledad Solórzano</i> .....	19
Eventos .....	22
Circulando .....	22
Simposio Petroglifos del Ecuador .....	24



### EL SOL DE ORO DE GUAYAQUIL: VERDADERA RÉPLICA

**Karen O. Bruhns y Nancy L. Kelker**

La producción artesanal especializada para un coleccionista específico es aún extremadamente común; basta recordar el caso de las piedras de Ica (Perú) o el caso triste del Sol de Oro Número 2 de Ecuador. Este último es particularmente problemático, no solamente porque es una falsificación, sino también porque algunos ecuatorianos parecen estar indignados de haber sido engañados y prefieren insistir en que debe ser auténtico. Bueno, no lo es, y ninguna mueca ni zapateo pueden alterar este hecho. En efecto, se trata más o menos de una fiel copia del Sol de Oro Número 1.

El primer sol de oro tiene proveniencia bastante bien conocida. En 1940, en un lugar llamado Chunucari, cerca de la ciudad de Sigsig, en los Andes meridionales de Ecuador, unos huaqueros descubrieron una pelota de oro estrujada. La vendieron, intocada, a un individuo local que compraba y vendía anti-

güedades, y este a su vez a Max Konanz, un coleccionista de Cuenca. En los meses siguientes, Konanz y su esposa abrieron laboriosamente la pelota que resultó ser la cara grande (ca. de 44 cm. de alto) de un sol de oro, martillado en el estilo provincial Huari-Pachacamac. Por algunos años, Konanz exhibió el sol en su museo privado, y luego vendió su colección al nuevo Museo del Banco Central del Ecuador. El sol de oro, posiblemente una de las piezas más espectaculares que se conocen de la antigua metalurgia ecuatoriana, se convirtió en el logotipo del Museo y del mismo Banco Central del Ecuador. Sin embargo, en algún momento de esta larga historia, la proveniencia fue cambiada en su ficha de registro —de Chunucari a La Tolita, una cultura ubicada en la costa junto a la frontera con Colombia.

Se desconoce por qué se hizo este cambio radical de procedencia, sin información adicional sobre este objeto, aunque aparentemente una riña familiar entre el director del Museo del Banco Central (también cuencano) y los propietarios originales fue parte del problema. Hay muy buenas razones para creer en la proveniencia original, y no muy buenas para creer en la cambiada, pero esta es otra historia y además una batalla diferente (Bruhns 1998, 2004). Lo que nos importa ahora es que, a lo largo de este embrollo, el sol de oro adquirió un gemelo.

A mediados del siglo XX, uno de los mayores coleccionistas y aficionados de la arqueología del Ecuador fue el rico hombre de negocios Emilio Estrada. Tenía una colección muy grande y selecta, casi toda de materiales costeros, entre los cuales elaborados objetos de oro estaban muy bien representados. Pero no tenía un sol de oro.

En 1953, una fotografía del sol de Quito fue publicada por primera vez en la por-

tada del *Boletín de Informaciones Científicas Nacionales*, publicado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Por supuesto, Estrada recibía ésta y otras publicaciones de arqueología ecuatoriana. Y, al parecer, cavilaba demasiado en que le faltaba un sol de oro, razón por la que compró varios soles de oro falsos, mientras trataba de procurarse uno verdadero. Pero, luego de la publicación de la fotografía, y en menos de un año, tenía ya un sol que era virtualmente gemelo del sol de Chunucari. Aunque, usualmente, Estrada era muy locuaz acerca de dónde venían los objetos y cómo los adquiría, esta vez no lo fue. De ordinario, un hombre llamado Julio Viteri era quien compraba antigüedades para Estrada, pero esta vez el mismo Estrada compró el sol, escondiendo su compra, por seis meses, a todos sus allegados, incluyendo Viteri. A diferencia del sol de Chunucari, acerca del cual hay un torrente de anécdotas locales sobre su hallazgo y sus andanzas, nadie ha dicho pío sobre las circunstancias del descubrimiento del sol de Estrada, aunque mucho después se le asignaron varias procedencias extremadamente improbables.

Cuando uno echa una mirada cuidadosa al sol de Estrada ve, por un lado, la asombrosa semejanza con la pieza de Chunucari, y por otro, algunos extraños detalles pequeños que son diferentes. Ambos tienen más o menos la misma altura, el uno 40 cm. y el otro 44 cm. El sol de Quito tiene 46 rayos, el de Estrada 44, y en ambos casos éstos están distribuidos en manojos a cada lado de la cara, y en un penacho encima. Hay algunas diferencias entre los dos, respecto a la distribución de los rayos, pero no es mayor cosa. El sol de Chunucari tiene en el pedúnculo del penacho un pequeño diseño de dos figuras de dragón en antítesis; el sol de Estrada no lo tiene. Los rayos del sol de Estrada son bastante más simples que los del de Chunucari; en este último terminan en cabezas de serpiente con

cabezas trofeos humanas en sus bocas. Los rayos del sol de Estrada son simplemente cabezas de serpiente, y carecen de la línea central repujada en zigzag del sol de Chunucari. Ambos tienen las caras delineadas en forma de una curiosa T, pero la del sol de Estrada es más grande que la T del de Chunucari. Las bocas y los ojos son similares, pero la boca del sol de Estrada tiene dientes simples, no colmillos, a diferencia del de Chunucari (una genuina pieza huari tendría colmillos). Además, en el sol de Estrada las orejas están al revés, en modo completamente desconocido para cualquier estilo antiguo sudamericano. En verdad, si se mira cuidadosamente al sol de Estrada y se lo compara con la primera fotografía publicada del sol de Chunucari (fotografía por cierto disponible para todos), se puede constatar que cada diferencia entre el sol de Chunucari y el de Estrada ocurre en sectores donde la fotografía no está muy clara.

Cuando estos pequeños problemas fueron señalados en presentación pública (en un simposio del Congreso Internacional de Americanistas de Quito, en 1997), algunos arqueólogos no podían resignarse a haber sido sorprendidos de esa manera. Uno de ellos inclusive llegó a someter a análisis algunas muestras de ambos soles (naturalmente, existen pedazos rotos; cualquier buena antigüedad los tiene) y, sobre la base de tres análisis, comparando las piezas del sol con dos fuentes de oro de la Costa, declaró que ambos objetos eran de esta región. Bueno, no. Lo que tenemos aquí es un emotivo ejemplo de ciencia mal entendida y de fe ciega triunfando sobre la realidad. Primero de todo: los joyeros de Ecuador adquieren generalmente algo de su oro de los huaqueros. Segundo, una cantidad apreciable de metal arqueológico se encuentra, no en artefactos relumbrantes, sino en pequeños y ordinarios trozos de oro o de oro-cobre semi corroído (tumbaga o guanín). Por

supuesto esto no es vendible en el mercado de antigüedades, pero los joyeros están siempre dispuestos a comprar ese oro a buen precio; y, tanto los que fabrican nuevas antigüedades como los que reparan joyería ordinaria, lo hacen a menudo con metal antiguo. Por último, el oro de placer de los ríos costeros proviene de la Sierra. Hay muchos problemas en esto y, aunque cualquier análisis químico es bienvenido, la poca información existente en lo que se refiere a antiguas fuentes de oro, y la falta de análisis de antiguas piezas que son conocidas como tales, hacen que uno no pueda afirmar simplemente que los dos soles sean igualmente antiguos o que compartan la misma proveniencia.

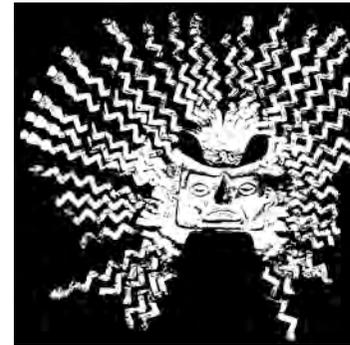
El otro problema es que, aparentemente, los arqueólogos y los curadores involucrados no dieron un vistazo al papeleo oficial que existe sobre la compra de la colección de Estrada por parte del Museo del Banco Central en Guayaquil. En realidad, el sol fue comprado como una réplica moderna, precisamente porque la Junta Monetaria (los chicos del dinero) no consideraba que fuera auténtico. Sin embargo, en ese momento, no estaba separado de las antigüedades, aunque, mirando el asunto retrospectivamente, debería haberlo estado. No sorprende entonces que el objeto haya sido aceptado como auténtico por la gente del museo. El hecho de que la única presencia huari conocida en Ecuador está en los Andes meridionales no fue considerado como importante, especialmente ante la circunstancia de que el sol de Chunucari iba a ser asignado una nueva proveniencia por parte del Director del museo de Quito, por razones que siguen siendo oscuras (Saville y Segarra 2000).

En todo caso, tener su propio sol de oro fue igualmente importante para el museo de la Sucursal Mayor de Guayaquil, como lo fue para Emilio Estrada. El sol falsificado conti-

núa en exposición y es movilizado por el mundo en exposiciones viajeras, como si fuera la cosa verdadera. Por supuesto no hay como negar que sea un sol de oro real, sólo que no es antiguo. Y es además mucho más atractivo que la serie de réplicas de plástico del sol de Chunucari, cuyo objeto real, por razones de conservación, seguridad, o pereza, no ha sido visto en Quito por muchos años. Que hay bastante de comportamiento lamentable en las historias de ambos soles es otro asunto, que, como siempre, no parece molestar al personal del museo.

En suma, parece que Estrada mismo mandó a fabricar el sol de oro, o acabó convenciendo que el que llegó en secreto a sus manos era auténtico. Se sabía que estaba interesado en soles de oro, y aquello podría haberse constituido en clara tentación para algún joyero con gusto por la reproducción y una copia de la fotografía publicada. Se sospecha que un número apreciable de joyeros de Guayaquil producía artefactos para el Sr. Estrada; sería un milagro si no lo hubieran hecho. Avistar un cliente crédulo y producir artefactos específicamente para él es práctica común, pero generalmente no se lo ha hecho en tan gran escala como en el caso del Museo de Oro de Lima.

Karen Olsen Bruhns, 1998, Huaquería, procedencia y fantasía: el caso de los Soles de Oro del Ecuador, *Boletín del Museo del Oro* 44-45:183-205, Bogotá. Id., 2004, Huaquería and other bad behavior: the case of the Golden Sun of Sigsig. Ponencia presentada en la 44ª Reunión Anual del Institute of Andean Studies, Berkeley, CA. Marshall H., Saville, y Guillermo Segarra Iñiguez, 2000, *El tesoro de Sigsig, Ecuador*, Biblioteca Ecuatoriana de Arqueología, Quito.



Tomado de Karen O. Bruhns y Nancy L. Kelker, 2010, *Faking: the Ancient Andes*, 2010, pp. 66-72, Left Coast Press, Walnut Creek, CA. Reproducido con autorización de las autoras y del Editor. Traducción E. Salazar. El sol que encabeza el artículo es el de Guayaquil, y el de arriba del Museo del Banco Central.

## INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA TOLA HUATAVIRO

Estanislao Pazmiño

El sitio arqueológico Huataviro se encuentra ubicado en la parroquia de San Antonio de Ibarra, provincia de Imbabura. Dominado, en el sur-este, por el imponente volcán Imbabura, el lugar se compone en su parte medular por un montículo artificial construido con bloques de cangagua intercalados con capas de sedimento en diferentes áreas. Defi-

nido anteriormente por otros investigadores como un lugar de enterramientos prehispánicos asociados con la etnia caranqui, el sitio encierra, al parecer, vestigios que dan cuenta de una historia más compleja que puede contribuir a un mejor conocimiento del desenvolvimiento cultural prehispánico de toda la región. Varios trabajos arqueológicos consideran el amplio territorio comprendido entre el valle del Chota y el cañón del Guayllabamba como una región que mantuvo cierta uniformidad étnica, además de un patrón común de montículos artificiales, que en cierto modo justifican la denominación que se le ha dado de *País Caranqui*.

Una revisión breve del desarrollo social prehispánico en la zona, a través del tiempo, nos sugiere que los poblados de la época precolombina tomaron un impulso importante a partir del período de Integración (500-1533 d.C.). La construcción de montículos artificiales con distintas funciones empezó a incrementarse en toda la región, constituyendo un indicador del nivel de complejidad de cada población. Tolas de diferentes formas y tamaños fueron erigidas, concentrándose en los principales centros de desarrollo político y económico. De acuerdo a los trabajos iniciales de Jijón y Caamaño (1920 y 1952) y Udo Oberem (1981), así como las corroboraciones más recientes de Stephen Athens (1980 y 2003), el período de construcción de montículos se encuentra claramente definido. Los mencionados autores concuerdan en la evolución del trabajo arquitectónico reflejada en los tipos de montículos construidos. De esta manera, se diferencia una primera etapa de construcción, cuyo inicio se estima alrededor del 700 d.C., período en el que se destacan los montículos hemisféricos cuya finalidad habría sido, de acuerdo a Athens (1980), la de lugares de habitación o enterramientos. Posteriormente, se asiste a un segundo momento de construcción, entre el 1250 y 1425 d.C., en

el que se introdujeron varias innovaciones arquitectónicas que culminaron en la erección de montículos cuadrangulares o rectangulares con rampa o sin ella.

Esta transición en la arquitectura monumental fue posibilitada por la diversificación de las actividades productivas, que ayudaron a consolidar económicamente a los señoríos de la sierra norte. Para ello fue necesario solventar estratégicamente los requerimientos de la población, por medio de la inserción de una gran variedad de productos en la circulación de bienes, como obsidiana, cerámica foránea, *Spondylus*, etc. Los señoríos asentados en la región tuvieron fuertes vínculos y alianzas comerciales con los pueblos de las tierras bajas, tanto occidentales como orientales. Según Salomon (1990), para finales del período de integración, el sistema de intercambio basado en los mindaláes estuvo tan bien desarrollado que les permitió conformar, al interior de sus propios cacicazgos, grupos especializados exentos de tributar al señor; pero con la tarea fundamental de mantener la provisión de objetos exóticos y suntuarios. Este sistema permitió controlar las redes de comercio a nivel local para servicio del cacicazgo, y a nivel regional para servicio de otros grupos de la costa y la sierra, principalmente con los pastos con quienes se puede ver una estrecha relación geográfica y cultural.

Bajo estas circunstancias, la vida de los habitantes prehispánicos, antes de la expansión inca, se desarrolló a un ritmo arduo marcado por el intenso trabajo de los campos y el comercio generalizado. La tola de Huataviro se presenta como un sitio de morfología atípica en relación con las formas comunes de los montículos registrados en la región. A causa de ello la tola no fue percibida como artificial en los inventarios realizados tanto por Athens (2003) como por Gondard y López (1983). Huataviro es un montículo o-

blongo seriamente afectado por la construcción de una lotización y por la actividad de los huaqueros. Su arquitectura se descubre poco a poco revelando una estructura constituida generalmente por bloques de cangagua irregulares superpuestos y alternados con depósitos de relleno. Nuestras excavaciones han dejado al descubierto la existencia de por lo menos dos pisos ocupacionales, lo que sugiere que la construcción del montículo se llevó a cabo en varios episodios. El tipo de construcción que se observa sugiere una filiación mucho más temprana de la que, en primera instancia, había sido estimada por algunos investigadores, pudiendo bien estar asociada a los primeros momentos del período de Integración.

La existencia de varios enterramientos sobre la plataforma le dan un carácter funerario al montículo; no obstante, si consideramos que la mayor parte de los entierros se encontraron dispuestos sobre el estrato del piso ocupacional, es probable que esta no haya sido la única función de la tola. De hecho, el uso del montículo como un cementerio local es de cronología tardía. Varias dataciones radiocarbónicas permiten confirmar que el piso ocupacional refleja una época temprana que oscila entre 690 y 900 d.C., por lo que el uso del montículo como sitio funerario fue posterior, probablemente entre 1000 y 1300 d.C. Los contextos funerarios permiten distinguir varias formas de entierro, a juzgar por la forma de las tumbas y el contenido del ajuar. Cabe señalar que, en dos tumbas, la disposición de los cuerpos sugiere que fueron atados de una manera especial. En el primer caso, el esqueleto de un niño presenta las manos dispuestas hacia la espalda, y en el segundo, el esqueleto de un adulto sugiere que sus manos fueron atadas por debajo de las piernas. En ambos entierros no se encontró ajuar alguno y la posición de sus cuerpos varía con respecto al resto de entierros. Aunque

todavía se desconoce el fin que tuvieron los individuos, hay buenas razones para pensar que se trata de víctimas sacrificiales, asunto todavía poco investigado en la arqueología de los Andes septentrionales.

Por otro lado, nuestras investigaciones han permitido determinar el uso de tejidos de fibra vegetal (esteras) en los contextos funerarios. En una modalidad, destacamos el recubrimiento del piso de la tumba con una estera sobre la cual se depositaba al difunto con su ajuar funerario; y en otra señalamos el uso de una estera más fina para envolver al difunto, a la manera de un fardo, junto al cual se depositaba el ajuar funerario. El hallazgo, por parte de la comunidad del Barrio Moras, de una tumba con un importante ajuar funerario, ha permitido una mejor aproximación a las costumbres funerarias de los pueblos prehispánicos de la zona. En este caso, se destaca no sólo el rico ajuar con que fue enterrado el difunto, sino la preparación misma del cuerpo y de la tumba. El piso habría estado cubierto por una estera, sobre la cual se dispuso el cuerpo y parte del ajuar funerario (objetos de metal y concha) envueltos en una manta de fibra textil. Restos escasos de esta fibra pudieron ser recolectados de contextos alterados. Además, en la superficie externa de la máscara de metal dorado se pudo observar la impronta del textil que envolvía al difunto. Por último, en la excavación de la tumba se pudo distinguir los restos, en muy mal estado, de una probable estera que cubría el piso. Todo esto sugiere que el uso de fibras textiles y vegetales estaba probablemente condicionado al estatus social que ostentó en vida el difunto.

La evidencia de gran cantidad de bienes exóticos y suntuarios en una de las tumbas refleja no solo los vínculos comerciales establecidos con otras regiones sino también la reafirmación del poder de las élites locales.

Según Salomon (1980), el crecimiento paulatino del poder de los caciques de la región estuvo basado en el establecimiento de alianzas estratégicas y en el control del flujo comercial a larga distancia. En este contexto, la redistribución de bienes es considerada como una de las estrategias fundamentales empleadas por los caciques para fortalecer el dominio ideológico. Es difícil establecer aún el tipo de autoridad que representaba el individuo que fue enterrado fastuosamente. A nuestro criterio, la acumulación de bienes suntuarios no debió ser exclusiva de los caciques, sino también de otros sectores de la población.

Es claro que la tola de Huataviro nos presenta una imagen un tanto diferente del desenvolvimiento de la sociedad caranqui. En sus inicios, vemos que este pueblo había alcanzado un nivel complejo de organización social que le permitió construir edificaciones monumentales. La diferencia en los entierros clarifica la marcada jerarquización social existente, además de visualizar el fuerte intercambio de recursos con los pueblos de la costa y amazonía. En fin, el análisis de los contextos encontrados en la primera fase de investigación de la tola Huataviro permiten comprender algunos aspectos preliminares sobre cómo emergieron y se desarrollaron los pueblos del área norandina. Por ello, se espera que las nuevas etapas destinadas para el estudio de este sitio sumen más datos que saquen a luz nuevos aspectos de la sociedad caranqui.

Stephen Athens, 1980, *El proceso evolutivo de las sociedades complejas y la ocupación del período Tardío-Cara en los Andes septentrionales del Ecuador*. Colección Pendones, Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo. Id., 2003, *Inventory of earthen mound sites, Northern Highland Ecuador*. Informe preparado para el Instituto Nacional de Patri-

monio Cultural, Honolulu, Hawai'i. Jijón y Caamaño, Jacinto, 1920, Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura. *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos* 4(10-11):1-120, 183-245. Udo Oberem, 1989, *Excavaciones en Cochasquí, Ecuador, 1964-1965*, Verlag Philipp von Zarven, Mainz am Rhein. Frank Salomon, 1990, La política vertical en las fronteras del Tahuantinsuyo, *Memoria* 1(1):6-41, Quito.



### **TOMEBAMBA, PUMAPUNGO, HATUN CAÑAR**

**José Luis Espinoza E.**

Túpac Yupanqui conquistó el norte del Tahuantinsuyo fundando la provincia de Tomebamba, cuya jurisdicción era muy amplia, ya que abarcaba desde el Nudo del Azuay hasta Cajamarca. Al tiempo del nacimiento de Atahualpa, la provincia de Tomebamba se había reducido progresivamente, restringiéndose finalmente al área Cañari. Estudiosos locales de fines del siglo XIX y comienzos del XX trataron en vano de ubicar la supuesta "ciudad" de Tomebamba. En 1923, y luego

de realizar extensas excavaciones, el arqueólogo alemán Max Uhle pudo informar a los intelectuales cuencanos que esta ciudad no se encontraba en Ingapirca ni en Cañaribamba, como algunos estudiosos pretendían, sino en lo que hoy es el área de Pumapungo, en la actual ciudad de Cuenca.

Por cierto, mucho se ha escrito sobre la supuesta "ciudad inca" de Tomebamba, generalmente en elucubraciones "históricas" que pretenden decir la verdad o que son simplemente producto de la fantasía de sus autores. Este breve estudio, pretende probar que, en el incario, Tomebamba no era una ciudad, sino una provincia, en la cual estaban ubicados cuatro centros principales: Hatun Cañar, Pumapungo, Cañaribamba y Molleturo. La ciudadela Pumapungo no era un barrio de la supuesta "ciudad de Tomebamba" sino un centro inca *per se*, ubicado cerca de Cuenca. Por otro lado, el famoso templo del Sol, descrito por Cieza de León y otros cronistas, que se supone estaba en Pumapungo, no se encontraba allí, sino en Hatun Cañar, hoy parroquia de Ingapirca.

Tradicionalmente la historiografía local atribuye casi todos los acontecimientos a la supuesta "ciudad de Tomebamba". Sin embargo, las crónicas no permiten corroborar los hechos. Hoy, con base en estudios arqueológicos y documentos etnohistóricos, trataremos de hallar eventos claves focalizados en la provincia de Tomebamba. Además, una analítica lectura de las crónicas de Cieza de León y los Libros de Cabildos de Cuenca nos permite probar algunos sucesos que cambian el concepto tradicional que hasta hoy hemos tenido de Tomebamba, Pumapungo y Hatun Cañar.

*La provincia de Tomebamba.* Hay referencias y argumentos que prueban la existencia de la provincia de Tomebamba, antes de la

fundación de la ciudad de Cuenca. Pedro Cieza de León, el único cronista que pasó por Tomebamba (hacia 1547), manifiesta que "está todo repartido de aposentos y depósitos, que estaban hechos de a dos y tres y cuatro leguas, entre los cuales están dos principales, llamado el uno Cañaribamba y el otro Hatun Cañari, de donde tomaron los naturales el nombre, y su provincia, de llamarse los Cañares" (Cieza de León 2005, 127). Por lo tanto, no se refiere a ninguna "ciudad" de Tomebamba, que se supone habría sido un centro importante. Esta versión es una de las evidencias más contundentes, claras e irrefutables de que Tomebamba era una provincia. Por ello, causa extrañeza que nadie hasta hoy se haya referido a esta parte clave e importantísima en cualquier estudio de Tomebamba.

El título del capítulo XLIV de la crónica de Cieza dice: "De la grandeza y los ricos palacios que había en los asentamientos de Tomebamba de la provincia de los cañares". O sea, había varios "asientos", pero nada que haya podido ser considerado como ciudad. El cronista inclusive ubica a Tomebamba en su ámbito geográfico, señalando: "Está á la parte del poniente dellos [de los cuatro asentamientos o aposentos de Tomebamba] la provincia de los Guancavilcas, que son términos de la ciudad de Gayaquile y Puerto Viejo, y al oriente el río grande del Marañón" (idem., 129). Es obvio que se refiere al área de la provincia y no a una colosal ciudad. Cieza indica además: "Algunos indios quisieron decir, que la mayor parte de las piedras con que están hechos estos aposentos y templo del sol, las habían traído de la gran ciudad del Cuzco por mandado del rey Huaynacapa y del gran Topa- inga, su padre" (idem., 129, 130).

Pese a la incredulidad del mismo Cieza y de muchos de nosotros, hoy es del todo verdad que los sillares efectivamente fueron traídos de Cuzco para la construcción de un

palacio real o templo importante en la Tomebamba provincia, como acertada y complementariamente señalan Cieza en 1553, Cabello de Balboa en 1586, Murúa en 1615 y Guamán Poma en 1615. Estos sillares se encuentran en Los Piedros (Paquishapa, Saraguro), según las investigaciones realizadas por el arqueólogo Dennis Ogburn (2002). Es decir, los sillares sí llegaron a la provincia de Tomebamba, pero jamás a la supuesta "ciudad" homónima, como señala la historia tradicional. Análisis posteriores de los sillares incas dispersos en algunos edificios de Cuenca, recopilados en 2007 por Dennis Ogburn y el autor de este artículo, probaron que jamás llegaron a Pumapungo los cargamentos de sillares del Cuzco.

En referencia a algunos centros importantes, Cieza dice que: "en estos" estaba el gobernador y capitán mayor del inga con los indios mitimaes (idem., 129). A este respecto cabe mencionar que los mitimaes se encontraban por toda la provincia de Tomebamba y no en los alrededores del centro principal de Pumapungo. En el sur, tenemos al grupo de los Saraguros; otro sin nombre en Cumbe (Lynn Hirschkind, comunicación personal, 2010), luego los Nultisapac en San Bartolomé de Arocsapa, los Sicchos cerca de Cuenca, Jatunpamba, Chuquipata y Cojitambo, Huairapungos por Ingapirca, y Pumallactas por Alausi.

Al referirse a los Cañaris, Cieza manifiesta que "en este tiempo son ya cristianos los señores, y se llama (cuando yo pasé por Tomebamba) el principal de ellos don Fernando", luego agrega complacido "que los templos de estos indios se hayan derribado" (idem., 132). Cieza describe en su texto toda la provincia de Tomebamba. Sin duda, pasó también por la zona de la actual ciudad de Cuenca y posiblemente vio poco de la destruida Pumapungo. Don Fernando era probable-

mente el don Hernando Leopulla, cacique principal de Gualaceo, que fue convocado en 1557, para la fundación de Cuenca. El cambio de la F por la H, pudiera deberse a un error en la transcripción. En todo caso, para este evento, se convocó, en la llanura de Paucarbamba, a los caciques para que den su consentimiento; al sitio acudieron caciques “de la dicha provincia de Tomebamba” (Primer Libro de Cabildos de Cuenca). No asiste ningún cacique representante de la supuesta ciudad de Tomebamba. Una de las pruebas más tajantes, claras y contundentes de que Tomebamba era una provincia, se encuentra en la misma Acta de fundación de la ciudad de Cuenca. El libro Primero de Cabildos recalca en varias de sus partes que Cuenca se funda en la provincia, y expresamente señala que la fundación se la hace en el “asiento de Paucarbamba que es en la dicha provincia de Tomebamba”.

*Transición de la provincia de Tomebamba a la supuesta ciudad de Tomebamba.* Todos los centros principales de la provincia fueron destruidos por Atahualpa y quedaron en ruinas. Cuenca, por ser la única ciudad importante fundada en la provincia de Tomebamba y por estar cerca de Pumapungo, fue, poco a poco, absorbiendo, nutriendose y apropiándose del brillante pasado histórico de la provincia de Tomebamba, transmitido por la tradición oral de sus habitantes. Es conocido que casi todas las provincias españolas han dado su nombre a sus capitales, y no sería extraño que los conquistadores del Ecuador hayan aplicado el mismo concepto en Tomebamba. Es probable que los primeros habitantes españoles de la región hayan creído que los “tambos reales” de Pumapungo eran el único centro inca que tuvo la provincia de Tomebamba; de ahí que habrán optado por llamarla “ciudad” con el mismo nombre de la provincia. Desde la fundación de Cuenca, en 1557, las nuevas autoridades, los cronistas, los visi-

tantes y los historiadores han venido afirmando erradamente que Cuenca fue fundada sobre la antigua “ciudad de Tomebamba”. Los otros centros incas, destruidos, pasaron simplemente al olvido.

*Pumapungo, la segunda Cuzco.* Pumapungo era el único centro importante inca ubicado en Paucarbamba, donde se fundó la ciudad de Cuenca. No era un barrio como tradicionalmente se ha creído, sino un verdadero centro religioso, político, y administrativo, con jurisdicción en todo el norte del Imperio Inca. Por su ubicación y descripción, es el centro que más se asemejaría al Cuzco, como se colige de la información proporcionada por Cabello Balboa, Garcilaso de la Vega y Martín de Murúa. En 1922, Jesús Arriaga propuso algunas toponimias y argumentos que intentaban demostrar que la supuesta “ciudad de Tomebamba”, era la segunda Cuzco; sin embargo, su propuesta ha perdido validez, considerando que, a lo largo del Imperio inca, se pueden encontrar toponimias similares. Sobre los argumentos, acerca de la ubicación de la “ciudad Tomebamba”, estos se encuentran alterados, son inexactos o poco confiables.

En efecto, algunos topónimos pueden ser simplemente producto de asentamientos de mitimaes cuzqueños en el lugar, más que una deliberada reproducción del entorno del Cuzco. Hemos de recordar que, luego de su triunfo en la guerra con Huáscar, Atahualpa trajo desde Cuzco cuatro mil extranjeros para repoblar la provincia que había sido devastada por la masacre que él mismo dirigiera. En realidad, pocas similitudes tienen Cuzco y Pumapungo: ambos se encuentran en un valle de a dos y tres leguas; y ambos tienen paisajes parecidos regados por ríos o riachuelos. Los topónimos similares son pocos: Huana-cauri, Monay, Huataná, y el Chaquichaca del sur de Cuzco que pudiera ser equiparable a

nuestro Ingachaca, puente de Gapal. En ambos sitios, al norte de la gran plaza se encontraba el gigantesco templo al dios Huira-cocha.

El arqueólogo Jaime Idrovo, quien realizó investigaciones en Pumapungo, enfatiza “la separación establecida entre la ciudad española y la inkaica; la primera localizada con exclusividad en Paucarbamba, y la segunda cuyo núcleo permaneció por largo tiempo relacionado con Pumapungo”. Los españoles no fundaron la ciudad sobre las ruinas de los tambos reales incas, como en Cuzco, pero se llevaron casi todos los sillares incas de Pumapungo para colocarlos en sus nuevos edificios como la Iglesia Mayor, los molinos de Todos Santos y de Cullca, entre otras construcciones importantes de la naciente ciudad de Cuenca. Pumapungo, no tuvo ninguna importancia para los españoles, al punto que la otrora famosa plaza inca fue convertida, en 1558, en ordinarios corrales de ganado con su respectivo matadero.

*El famoso templo al sol de Tomebamba.* El templo del Sol descrito por Cieza de León, que se creía estaba en la supuesta “ciudad de Tomebamba” o sea Pumapungo, no se encuentra allí sino en Hatun Cañar, provincia de Tomebamba (actual Ingapirca). Cieza manifiesta que le informaron los orejones del Cuzco, que eran los más sabios del Imperio, que Tupac Yupanqui fue el fundador del Templo y que se holgaba de estar más tiempo en estos aposentos que en otra parte. El cronista señala además que las piedras del templo “parecían de jaspe” como se puede ver ahora en los sillares de la elipse: jaspes de diversas formas a manera de manchas oscuras y claras sobre un fondo de tono verdeazulado. Por otro lado, en las paredes de los aposentos estaban “esculpidas ovejas y corderos de lo mismo y aves...” Juan Cueva Jaramillo, quien realizó investigaciones en el complejo

de Ingapirca, hacia 1970, efectivamente registró “23 piedras zoomorfas y ornitomorfas” elementos estilizados encontrados tan sólo en Ingapirca y no en otros sitios incas. Así mismo, el cronista refiere que “las portadas de muchos aposentos estaban galanas y muy pintadas”. En 1559, el Cabildo de Cuenca reconoció oficialmente en favor de Gil Ramírez Dávalos las tierras de las estancias llamadas “tambos bermejos” de Hatun Cañar, topónimo que quizá se deba al color de sus paredes. González Suárez también registró paredes de coloración roja en 1922

Según Cieza, “las mujeres vírgenes que estaban dedicadas al servicio del templo eran mas de docientas y muy hermosas, naturales de los Cañares”. Quizá suene razonable suponer que, si eran mujeres cañares, éstas habrían usado vajilla propia de filiación Cashaloma. Respaldan lo dicho las excavaciones de Antonio Fresco y un hallazgo reportado por Mario Jaramillo en el sector de La Condamine de “algo más de veinte enterramientos, pertenecientes en su mayoría a personas del sexo femenino”. Después de todo, el material arqueológico de Ingapirca, en casi su totalidad, es de filiación Cashaloma.

El complejo de Ingapirca era uno de los centros más importantes del Cinchaysuyo. La elipse, espectacular por su forma y dimensiones (34x12x5 m.), es única en todo el incario, ya que las formas redondeadas ocurrían solamente en lugares sagrados de gran prestigio, como el Koricancha de Cuzco, el de Pumapungo (12x6 m.), el complejo de Moray, y el templo de Machu Picchu. El Templo del Sol de Ingapirca, emplazado sobre la elipse, en estratégica posición este-oeste, tenía dos puertas que se abrían a estos puntos cardinales, y una pared medianera con cuatro nichos a cada lado, por donde entraba la luz del sol muy temprano en la mañana y al anochecer. Conforme a los solsticios, la luz se reflejaba

diferencialmente en los cuatro nichos de la pared. En cuanto a su ubicación, Cieza señala que “los aposentos de Tomebamba se encuentran asentados á las juntas de dos pequeños ríos en un llano de campaña que tendrá mas de doce leguas de contorno. Es tierra fría...”. El aposento aludido es sin duda Hatun Cañar (Ingapirca), ubicado efectivamente junto a los dos pequeños ríos llamados Silante y Gulanza, en un área grande de doce leguas de contorno (67,2 km.), y que es particularmente fría. Treinta y cinco años después de Cieza, Fray Gaspar de Gallegos corrobora lo dicho por el cronista sobre Hatun Cañar: “era la principal cabeza destos cañares; y así parece, por que en el día de hoy hay grandes y muy sumtuosos edificios, y entrellos una torre muy fuerte [1582]”. Lo que posteriormente ha sucedido es que gran parte de la información documental sobre Hatun Cañar le ha sido transferida a Pumapungo para crear el mito de la “ciudad de Tomebamba”.

Cabello Balboa, Miguel, 1951[1586], *Miscelánea Antártica, una historia del Perú antiguo*, Univ. Mayor de San Marcos, Lima. Pedro Cieza de León, 2005, *Crónica del Perú del señorío de los Incas*, 2005, Biblioteca Ayacucho, Caracas. José L. Espinoza, 2008, Tomebamba y el puma, *Apachita* 14:6-8, Quito. Antonio Fresco, 1984, *La arqueología de Ingapirca, Ecuador*, Comisión del Castillo de Ingapirca, Cuenca. Lynn Hirschkind, 1995, Cañar Incásico, *Universidad Verdad* 17:12-54, Cuenca. Jaime Idrovo Urigüen, 2000, *Tomebamba: arqueología e historia de una ciudad imperial*, Banco Central del Ecuador, Cuenca. Mario Jaramillo Paredes, 1995, Ingapirca, *Universidad Verdad* 17:71-80, Cuenca. Dennis Ogburn, 2002, Investigación de las piedras incas ubicadas en la zona de Paquishapa, cantón Saraguro, Loja, Ecuador. Informe al INPC.

## **EL INVENTARIO DE REGISTRO ARQUEOLÓGICO: UNA VISIÓN PERSONAL**

**Byron Ortiz**

Después del robo de la Custodia de Riobamba, el Gobierno Ecuatoriano emitió, a finales del 2007, el Decreto de Emergencia de Patrimonio Cultural, que pretendía frenar la destrucción y el saqueo de los bienes patrimoniales, e impedir que salgan de las fronteras nacionales. En consecuencia, en octubre de 2008, se inició el Proyecto de Inventario Arqueológico, en cuyos cuatro últimos meses, tuve la oportunidad de colaborar, en calidad de asistente de campo para la Universidad Andina Simón Bolívar, en la catalogación del norte y parte del centro del país, específicamente en las provincias de Imbabura, Pichincha y Cotopaxi. El equipo de Arqueología, fue conformado por el coordinador general, Eduardo Almeida; el coordinador de campo, Estanislao Pazmiño; y, doce asistentes, quienes se subdividían en grupos de cuatro personas para abarcar más terreno y registrar, rápida y eficazmente, tanto sitios arqueológicos como colecciones.

Para mí fue una experiencia muy enriquecedora, en la que pude poner en práctica lo estudiado en clases. Por ejemplo, el reconocimiento de distintos tipos de cerámica, la identificación de montículos artificiales y restos de construcciones; el empleo de GPS, imprescindible para tomar coordenadas de ubicación; el uso de mapas; y, finalmente, el manejo de grupos de trabajo. Por otra parte, aprendí a tratar con todo tipo de personas, que es lo más importante, pues de ello depende que los propietarios de los terrenos donde se encuentran dichos sitios o los dueños de colecciones, nos permitan realizar el registro; y,

creánme, que esto no se aprende en la Universidad, ya que se debe tener tino y paciencia, características que sólo la experiencia puede dar. Fue interesante ver cómo la gente humilde era la más colaboradora, mientras que propietarios pudientes y grandes empresas nos ocasionaron problemas.

El asistente de campo, algunas veces, pasaba por penurias, como ser atacado por perros guardianes, toros y, en el caso de un compañero, un feroz pavo que no cejaba en su intento de acabar con su carrera de arqueólogo. Para poder ingresar en las propiedades privadas, después de que el dueño daba su consentimiento con las frases “entre no más, el perro no hace nada” o “el toro es manso” – lo cual, en la mayoría de los casos, no era cierto –, procedíamos a prospectar el lugar en busca de evidencia material que determine si el sitio debía ser inventariado. Con este fin, se recurría a los informes de proyectos arqueológicos previos, suministrados por el INPC, gracias al Decreto de Emergencia Patrimonial. Otras fuentes de ayuda eran la bibliografía de múltiples autores que mencionaban sitios arqueológicos, el conocimiento que tenían las personas, sobre todo, las de edad avanzada, quienes hablaban de lugares ignorados, y su aspecto de antaño. En ocasiones, cuando andábamos en busca de ciertos sitios, dábamos, de casualidad, con otros que no habían sido tomados en cuenta. Al movilizarnos en la camioneta que era utilizada en el Proyecto de Inventario, estábamos muy pendientes de poder identificar en el terreno montículos artificiales escondidos en el paisaje, cuya preservación determinaba si merecían ser registrados. Muchas veces, el chofer colaboró en la tarea, ya que, de tanto buscarlos, él también había logrado entrenar su vista.

Con toda esta información, tratábamos de llegar a los sitios –muchas veces, perdién-

donos en el proceso por diversas razones, como la de que los libros citaban yacimientos muy distintos de los existentes, o que las coordenadas especificadas en las informes eran erróneas o, al preguntar a lugareños la ubicación de lo que queríamos registrar, se nos indicaba que la distancia era de apenas unos pocos metros, pero, luego de transcurrida una hora de búsqueda, todo parecía indicar que la medida consignada estaba equivocada, tratándose, en realidad de leguas de distancia. Me imagino que esta gente no lo hacía con malicia, sino que, para ellos, las distancias no son muy importantes, porque las recorren a diario, adquiriendo absoluta cotidianeidad. Finalmente, el fuerte invierno que azotó ese año al país fue otra de las cosas que complicó nuestro trabajo de manera fundamental.

Ya en el sitio, el equipo, que consistía de cuatro personas, se dividía, dedicándose dos a la medición y a ubicar las coordenadas con GPS; la tercera a llenar fichas con información como accesibilidad al lugar, datos del dueño, extensión del sitio, y evidencias de cultura material en la superficie o vestigios de construcciones (montículos artificiales, rampas, terrazas, etc.); la cuarta se dedicaba a tomar fotos, escogiéndose para ello a la persona más organizada, pues era tedioso el trabajo de colocar las fotos que iban con cada ficha. Normalmente, en el día, se llegaba, por lo menos, a tres o cuatro sitios, si había suerte y, al final, en el hotel se ordenaban las fotos en la computadora, de manera que cada una era anexada al sitio correspondiente, digitalizando las fichas, que, luego de corregidas, serían subidas al sistema.

Esta labor se realizaba en varias salidas al campo, dependiendo su prolongación del tamaño de las provincias visitadas, así como de los yacimientos encontrados –Carchi, Imbabura y Pichincha fueron las que más tenían,

mientras que en Cotopaxi la cantidad era considerablemente menor. El trabajo era cansado, pero, al final del día, gratificante, porque, aparte de la satisfacción que produce conocer y concientizar a los habitantes de la importancia de proteger los sitios arqueológicos y, sobre todo, de no saquearlos, se visitaban paisajes espectaculares de la sierra norte y centro: desde el frío páramo y los imponentes paisajes montañosos hasta profundos cañones, bosques subtropicales y extensos y verdes valles.

El inventario de colecciones privadas fue difícil, dado que muy pocas de éstas eran conocidas y llevadas por instituciones o personas particulares serias, por lo que era necesario guiarse por la información suministrada por terceras personas para dar con ellas. Se pudo constatar que varias colecciones estaban constituidas por piezas adquiridas a huaqueros, por hallazgos fortuitos y hasta por objetos recibidos en herencia. Otras pertenecían a museos, algunos bien mantenidos, aunque no era raro que en los más pequeños, por falta de cuidados e infraestructura, la presentación de los artefactos fuera más bien precaria. El registro de las colecciones extensas era algo complicado porque teníamos que identificar uno por uno los objetos, dar fe de su originalidad, averiguar su filiación y, por último, fotografíarlos y llenar la respectiva ficha. Fue de gran ayuda, en algunos museos que existiera un registro previo del material arqueológico, ya que nos permitía sólo revisar esos informes e inspeccionar la calidad del local y su infraestructura. Por cierto, encontramos también colecciones que no eran manejadas de manera adecuada, ni tenían el apoyo de las autoridades locales. Algunas colecciones quedaron pendientes de inventario, sea porque terminó el período registro o porque sus dueños no nos brindaron las facilidades necesarias.

Terminada esta etapa, se procedió a la digitalización de la información de las fichas y, luego, a subirlas al sistema. Para mí, fue una gran experiencia haber colaborado con este enorme proyecto y, principalmente, haber aportado para que muchos sitios y colecciones hayan sido registradas, de forma que esta información sirva, primordialmente, para futuras investigaciones arqueológicas y para cuidar nuestro patrimonio arqueológico. De todas maneras, no fue posible cumplir con las expectativas que se plantearon al comienzo del proyecto, pues muchas cosas no lograron ser registradas por falta de tiempo, malas condiciones climáticas, etc. Cuando yo empecé a trabajar, a finales de diciembre del 2008, colaboré en el registro de cientos de fichas de yacimientos y de colecciones. Según los datos de la publicación del *Informe del Decreto de Emergencia del Patrimonio Cultural* (2010), la Universidad Andina hizo 1629 fichas de sitios y 107 colecciones, menos de lo planeado por los coordinadores. En todo caso, se descubrieron nuevos e interesantes sitios, que se espera puedan ser protegidos y luego investigados en futuros proyectos arqueológicos.

Desde mi punto de vista, el proyecto de inventario es un gran aporte para la cultura y, sobre todo, para salvaguardar nuestra herencia tangible. A raíz de él, las leyes de protección de bienes culturales, especialmente arqueológicos, se han endurecido más, creando penas para los que atenten contra ellos. Incluso, a finales de abril salió un manual (*Guía de Identificación de Bienes Culturales Patrimoniales*, INPC) que da las pautas para el control, por parte de las autoridades competentes, para evitar que se intente sacar de nuestras fronteras cualquier artefacto por terminales terrestres, aeropuertos y puestos de aduana. Pese al enorme esfuerzo realizado

en todo el país, decepciona constatar que el *Informe del Decreto de Emergencia* haya asignado apenas cinco páginas al registro arqueológico, que constituye nuestra mayor riqueza cultural.

---

## CULTURAS PRECOLOMBINAS



### CAHOKIA

#### **Avelina Martínez**

Grandes montículos se avistan a orillas del río Mississippi. Mientras sus numerosos habitantes realizan sus tareas diarias, en la plaza central se oyen varios dialectos. Hay gran movimiento en el río; en lo alto de los templos se observa el humo de las ceremonias; diversos productos llegan desde lejos a la imponente ciudad de los mississippianos; Cahokia está en todo su esplendor...

Cahokia es el más grande centro mississippiano de montículos, ubicado cerca de la

ciudad de St. Louis, al sudoeste del estado de Illinois, USA. Su situación geográfica no podría ser mejor, ya que se encuentra en American Bottom, pradera de la confluencia de tres grandes ríos, el Mississippi, el Missouri y el Illinois, considerada como la más fértil de los Estados Unidos. El nombre de Cahokia se aplica al sitio en homenaje a la tribu homónima, cuyos antepasados, al parecer, fueron los constructores de dichos montículos. Nombreado Patrimonio Cultural en 1982, Cahokia se impone con sus grandes construcciones y su poderoso pasado, siendo en su época el mayor centro urbano al norte de Mesoamérica. El sitio cubre una extensión de 13 Km<sup>2</sup> y está constituido por al menos 100 montículos, con sus correspondientes rampas, escaleras, edificaciones en sus cimas, áreas residenciales y plazas. El principal monumento es sin duda Monks Mound (montículo del Monje), en cuyo alrededor se extendían barrios de casas, plazas y montículos más pequeños. Cahokia tiene una cronología que va aproximadamente de 700 d. C. a 1400 d. C., cuando fue abandonado. Se estima que, en su apogeo (1100 d. C.), tenía una población de más de 40.000 habitantes.

El primer reporte sobre Cahokia le debemos a H. M. Brackenridge, quien visitó el sitio en 1811, donde pudo advertir que los montículos eran “semejantes a enormes pilas de heno esparcidas por la pradera” (English 1921:207). Eventualmente, los montículos fueron desapareciendo paulatinamente por obras de infraestructura, y no fue hasta la década de 1970 que comenzaron las investigaciones sistemáticas a cargo de una pléyade de arqueólogos, entre los cuales podemos citar a O'Brien, Peebles, Cobb, Emerson, Fowler, Milner, Mink, Pauketat, Peregrine, Trubitt, Young, entre otros.

Cahokia es célebre por sus grandes montículos y, debido a la forma en que está

distribuido, se deduce que su construcción fue planeada. Las casas se situaban alrededor de las diversas plazas y en fila, la mayoría fuera de la muralla que protege su centro; los sembríos estaban ubicados justo fuera de la ciudad. En Cahokia se pueden observar tres tipos distintos de montículos: cónicos, piramidales y plataformas (también llamadas pirámides truncadas). De éstas últimas se destaca Monks Mound, como el montículo artificial más grande de Norte América. Fue construido entre 900 y 1200 de nuestra era, cubriendo una superficie de 316 x 240 m. (6,4 hectáreas) y alcanzado una altura de 30.5 m. Las excavaciones han revelado que, en su cima, se alzaba un gran edificio de 30 m. de largo, por 14 m. de ancho; y 15 m. de altura, construido con madera de los bosques cercanos. Durante casi 300 años, su tamaño se fue incrementando, hasta constituirse en el único montículo que cuenta con cuatro terrazas. Según Collins y Chalfant (1993), este gigantesco montículo servía como instrumento político cuyo fin era la manipulación psicológica de las masas por su tamaño y espectacularidad.

Los montículos cónicos y piramidales servían como tolvas funerarias destinadas a los miembros de la élite y como puntos de referencia de sitios de importancia. En excavaciones realizadas en el montículo 72, los arqueólogos han encontrado 300 esqueletos humanos, principalmente mujeres jóvenes que habrían sido víctimas de sacrificio. En otra tumba se halló el cuerpo de un hombre recostado sobre una especie de sábana elaborada con 20.000 mullos de concha marina. Junto a él habían varios cuerpos de individuos enterrados en su honor, entre ellos cuatro cuerpos a los cuales les faltaba sus cabezas y manos. Otra estructura impresionante de Cahokia es la muralla defensiva (3.218 metros de largo, con torres de vigilancia cada 21 m.) que rodeaba la parte central del sitio. Los arqueólogos

opinan que pudo haber sido una barrera defensiva o un límite de separación entre la élite y el resto de la gente. Detrás de la muralla existía un canal artificial que proveía de agua fresca y peces, y constituía a la vez una vía de transporte. Por otro lado, en el sitio de Woodhenge, se han encontrado diversos agujeros de poste dispuestos en forma circular, cuyos postes habrían servido como calendario solar. Las excavaciones realizadas en los agujeros han revelado restos de madera de cedro, árbol considerado sagrado. Estos “calendarios” fueron construidos a lo largo de 300 años y algunos fueron modificados aumentando su diámetro a través del tiempo. Estas construcciones demuestran la complejidad de la sociedad mississippiense.

Desde el punto de vista político, se ha sugerido que Cahokia pudo haber constituido un estado, aunque la naturaleza de la estratificación social (2-3 niveles) es más concordante con la de los señoríos. En todo caso, no cabe duda que, económicamente, Cahokia fue un gran centro para el intercambio interregional. De hecho, su ubicación en la llanura aluvial de American Bottom es muy estratégica para el intercambio, por el acceso fácil a tres importantes vías de agua. Los productos y las materias primas venían simplemente de todas partes: obsidiana de las Montañas Rocosas, bronce del Lago Superior, conchas del Golfo de México, ocre, galena y hematita del actual estado de Missouri, mica de los Montes Apalaches, bauxita, arcilla refractaria y otros minerales de la región de Ozark. Los cahokianos manufacturaban sus herramientas con rocas como el pedernal, la arenisca y el granito, siendo el primero el material más común. También se utilizaba el hueso. El utillaje de Cahokia cuenta con cuchillos, taladros, mazos, hachas y puntas de proyectil, entre otros, pero es la azada la herramienta más representativa de los mississippianos. La cerámica también era abundante, gracias a la

cercanía del río para la obtención de arcillas. Sus elementos decorativos son reflejos de la vida social mississippiense; hay motivos incisos, en negativo, y representaciones zoomorfas, particularmente del halcón. Otro material muy utilizado era la concha marina, tanto para la elaboración de herramientas, como para objetos de los ajuares funerarios, como mullos de mica y efigies de animales y personas con diferentes vestidos, peinados, tatuajes y pinturas corporales.

En su división sexual del trabajo, los hombres se dedicaban a la confección de herramientas y a la caza, y por supuesto manejaban la política gubernamental y religiosa. Por otro lado, las mujeres llevaban a cabo las labores domésticas y el cuidado de la prole, la recolección de productos silvestres y el cultivo de los sembríos, el procesamiento de pieles y la producción cerámica. El clima era un fuerte determinante del ciclo productivo. En el invierno, las labores se centraban en la vida hogareña, con algo de caza-recolección, limitada a los bosques aledaños. En el verano, el tiempo era ocupado primordialmente en la construcción de edificios y montículos. En el otoño, la sociedad mississippiense se dedicaba a la reparación de las edificaciones y al abastecimiento de víveres, incluyendo carnes y pescado, para poder sobrellevar el invierno. Entre los productos que los cahokianos cultivaban cabe citar al maíz, del cual se producían algunas variedades. Además, se cultivaban calabazas, girasoles, diferentes tipos de nueces y moras, que estaban dentro de su dieta, al igual que los tubérculos. La caza consistía primordialmente de venados, no sólo apreciados por su carne, sino también por sus cuernos y cascos. Los cuernos eran usados por los cahokianos para la talla de puntas de proyectil y anzuelos, entre otras cosas. Los cascos se utilizaban como medicina y goma. De los huesos se hacían también agujas y utensilios para tejer prendas de vestir. Incluso

se usaba el cerebro de animales para procesar las pieles.

En el aspecto ceremonial, se piensa que su mundo estaba constituido por la dualidad de la luz y la oscuridad, el bien y el mal (el uno recompensado y el otro castigado), el orden y la anarquía, etc. El mundo constaba de tres niveles: el superior, el de la luz; el inferior, de la oscuridad y lo caótico; y el mundo de la vida cotidiana. Cada uno tenía su propia simbología; así, el águila y el halcón representaban el mundo superior; los sapos, peces, serpientes y lagartos el mundo inferior. El castor, el puma, el búho y otros animales tenían rasgos de los dos mundos. También las plantas tenían su simbolismo: el cedro era reverenciado por su dureza y resistencia, su color y su fragancia, características que representaban larga vida. Había la idea de la vida después de la muerte, lo que claramente se puede constatar en los diversos montículos piramidales en los cuales se enterraba a las personas con suntuoso ajuar funerario.

Hacia 1400 d. C., Cahokia había sido ya abandonado, aunque no están muy claras las razones de este evento. Se ha especulado que pudo deberse a ciertos cambios climáticos que afectaron drásticamente la vida social; así como también a la deforestación y caza excesivas. Los estudios de huesos humanos hallados en el sitio han demostrado que los antiguos Cahokianos sufrían de malnutrición, debida a una dieta demasiado alta en carbohidratos y a temporadas en las cuales la comida escaseaba. Estos factores ocasionaban enfermedades como la anemia y problemas dentales, dando una alta tasa de mortalidad, sobre todo en los niños e infantes. También eran comunes enfermedades como la artritis, la sífilis endémica y la tuberculosis. El continuo contacto con gente de afuera incrementaba las posibilidades de adquirir nuevas enfermedades, situación empeorada por la gran densi-

dad demográfica y las condiciones de salubridad. A pesar de ello, Cahokia logró crecer y desarrollarse en poco tiempo e imponerse a las otras culturas, tomando el control del comercio de gran parte del territorio norteamericano.

Brackenridge, H. M., 1814, *Views of Louisiana, together with a Journal of a voyage up the Missouri River in 1811*, Pittsburgh, 1814. Cobb, Charles R., 2003, Mississippian chiefdoms: how complex? *Annual Review of Anthropology* 32:63-84. Emerson, Thomas, 1997, *Cahokia and the archaeology of power*, University of Alabama, Tuscaloosa. English, Thomas H., 1921, The Cahokia Indian mounds: a plea for their preservation, *Geographical Review* 11(2):207-211. Fowler, M. L., 1989, *The Cahokian atlas*, Springfield, Ill. Milner, G. R., 1990, The late prehistoric Cahokia cultural system of the Mississippi River valley: foundations, florescence, and fragmentation, *Journal of World Prehistory* 4:1-43. Id., 2004, *The mound builders: ancient peoples of Eastern North America*, Thames and Hudson, Londres. Mink, Claudia Gellman, 1922, *Cahokia, city of the sun. Prehistoric urban center in the American Bottom*, Cahokia Mounds Museum Society, Collinsville. Pauketat, Timothy, 1994, *The ascent of chiefs: Cahokia and Mississippian politics in Native North America*, University of Alabama, Tuscaloosa. Pauketat, Timothy R., Thomas Emerson, 1997, *Cahokia, Domination and ideology in the Mississippian world*, University of Nebraska Press, Lincoln. Peregrine, Peter, 1991, A graph-theoretic approach to the evolution of Cahokia, *American Antiquity* 56(1):66-75. Trubitt, Mary Beth, 2000, Mound building and prestige goods exchange: changing strategies in the Cahokia chiefdom, *American Antiquity* 65(4):669-690. Young, Biloine; Melvin L. Fowler, 2000, *Cahokia: the great native A-*

*merican metropolis*, University of Illinois, Urbana.



#### LA VENUS DE CAPUCUY

**María Soledad Solórzano**

El término Venus proviene de la divinidad romana del amor y de la belleza, y su uso se ha popularizado, a nivel del arte antiguo, para designar las representaciones iconográficas femeninas, tanto en pinturas como en esculturas. A lo largo de la prehistoria, las representaciones humanas, masculinas o femeninas, han sido muchas y de muy diversas formas, encontrándose en pinturas rupestres, materiales líticos y metalúrgicos y particularmente en arcilla, materia prima de la que se han manufacturado miles de “figurinas” en el Ecuador precolombino. Estas representaciones, principalmente femeninas en nuestro país, han sido objeto de numerosos estudios, sobre todo morfológicos, quedando muy rezagados los estudios de género, entre

los cuales cabría al menos mencionar los de Yépez (2002) y de Di Capua (1994).

Costanza Di Capua analiza las figuras femeninas de la cultura Valdivia (las llamadas “venus”), vinculándolas con los periodos biológicos de la mujer (pre-pubertad, pubertad, adultez). Su estudio se basa principalmente en los tocados de las figurinas, buscando patrones de producción, o mejor dicho de diseño, en la asociación de dichos tocados con elementos anatómicos de las venus.

Cabe señalar que los trabajos sobre figurinas ecuatorianas se han concentrado sobre todo en las provenientes de la Costa. Las de la Sierra, acaso por ser representaciones masculinas, no han llamado mucho la atención. De la región amazónica no existe literatura alguna sobre el tema, por una razón obvia: no se han encontrado figurinas humanas. Sin embargo, recientemente, la autora registró un hallazgo que testimonia la producción de figurinas de arcilla en la Amazonia ecuatoriana. A mediados del 2007, en una intervención de urgencia en el sitio de Capucuy, cerca de la laguna de Limoncocha, provincia de Sucumbios, se encontró un área de ocupación precolombina, en la que se recuperaron sellos con formas de pies y manos, sellos cilíndricos, piezas circulares a maneras de tapas, asas de estribo, apliques antropomorfos, y figurinas femeninas de arcilla, entre otros. Esta ocupación tiene datación radiocarbónica de 2100 – 2060 B.P., o sea alrededor de 150 – 110 A.C. (Solórzano, 2008).

Por lo general, estos objetos se encontraron fragmentados y muy deteriorados; pero se pudo constatar la presencia de 7 figurinas de mujeres, a juzgar por la clara representación de sus atributos sexuales. A este personaje le hemos llamado la *Venus de Capucuy*. La pieza mejor preservada es un cuerpo, sin cabeza (aparentemente por fractura), de 4.2

cm de largo, 1.2 cm de ancho y 1.1 cm de espesor. Las extremidades superiores e inferiores fueron modeladas de forma trunca, o sea que hay presencia de muslos y antebrazos, pero el alfarero no llegó a modelar los brazos ni las piernas. Por otro lado, la zona de la pelvis está delimitada de forma clara con incisiones, al igual que los glúteos. La ausencia de pechos, lleva a pensar que corresponde a una mujer púber.

Los demás fragmentos (seis) corresponden a representaciones de cuerpos más toscos, pero con rasgos corporales indicativos de femineidad, particularmente en los torsos. Sus dimensiones fluctúan entre los 5.2 cm de largo residual, por 2.4 cm de ancho y 2.1 cm de espesor, por un lado, y 3.8 cm de largo residual, por 1.8 cm de ancho y 1.4 cm de espesor, por otro. Dos fragmentos poseen pechos; el primero podría asociarse a una mujer madura en estado de lactación o post-lactación, a juzgar por su abdomen abultado y sus glúteos grandes y bien marcados, mientras el segundo, por tener el abdomen más plano, podría tratarse de una mujer no embarazada. Es difícil establecer estas categorías, por la ambigüedad que generan los fragmentos. En un tercero, por ejemplo, se puede observar el vientre claramente abultado, pero sin improntas de aplique o modelado que se asocien con pechos.

El único cuerpo antropomorfo con cabeza que se logró recuperar durante el proceso de excavación corresponde a una representación aparentemente no femenina. Se trata de un cuerpo rectilíneo (7.3 cm. largo x 3.0 cm. ancho y 1.9 cm espesor), con brazos truncados hechos con apliques y, en el centro, una suerte de ombligo hecho con un aplique tipo lenteja. La cabeza da claras insinuaciones felínicas, que parecen sugerir la representación de un “shaman”.

Según Di Capua (1994), las figurillas cerámicas revelan parte de la cotidianidad e inclusive la ritualidad del grupo. La muestra recuperada en realidad es pequeña, pero da algunos indicios sobre la naturaleza de las figurinas de Capucuy. Se nota por ejemplo un énfasis en la fisiología de la mujer, con rasgos muy minuciosos ejecutados por el alfarero de forma intencional. El mito de la mama ratona shuara (Rueda 1983) reafirma la importancia del embarazo y el parto y, por ende, la importancia de la mujer no solo para la reproducción biológica del grupo, sino también para la reproducción social. Es posible que los riesgos propios del embarazo (infecciones post-parto, mala colocación del feto, entre las más comunes) y la supervivencia a este, por parte de las mujeres, hayan sido reflejados en la arcilla, como indicadores de jerarquías intra o extra grupales. A manera de una primera hipótesis, se plantea la idea de la relación jerárquica de orden 'ritual', entre las mujeres embarazadas y el shamán. Por otro lado, este material, y otros que sean recuperados en excavaciones sistemáticas en la región, llevarán necesariamente a consideraciones sobre el rol asignado a la mujer en las culturas amazónicas. Neki Andi, un mestizo quichua-huaorani (comunicación personal, 2007) señala que la mayoría de conflictos suscitados entre los huaoranis son resultado del secuestro de mujeres, con la consiguiente venganza de los afectados y la matanza de los secuestradores. ¿Es entonces la mujer el sujeto de intercambio libre, junto a bienes y mensajes, como ha planteado Levi Strauss, o mas bien la presa obtenida en circunstancias violentas? He aquí un tema sobre el que quisiera llamar la atención de los arqueólogos en futuras investigaciones.

Di Capua, Costanza, 1994, Los figurines Valdivia y un ritual de pubertad, *Memoria* 4:1-52. Sánchez, M., ed., 2007, *Arqueología de las mujeres y las relaciones de género*,

Complutum 18. Sánchez, O., 2000, Algunas reflexiones para la Prehistoria y la Arqueología: las mujeres en la construcción de la Historia, *Revista Electrónica SPAL* 9:495-450, España. Rueda, Marco, 1983, *Setenta mitos shuaras*, Mundo Shuar, Quito. Yépez, A. 2002, *Género y Arqueología*, Banco Central del Ecuador, Quito. Solórzano, M., 2008, Informe Final del rescate y monitoreo arqueológico en las plataformas Yamanunka 1 y 2. Presentado al INPC, bajo el auspicio de Envirotec, Quito.



#### AGRADECIMIENTO

El Laboratorio de Arqueología agradece al Dr. Robert D. Drennan y al Departamento de Antropología de la Universidad de Pittsburgh por la donación de una colección de *Memorias de Arqueología Latinoamericana* para uso de los estudiantes de Arqueología de la Escuela de Antropología.

#### EVENTOS

9 de marzo. Estanislao Pazmiño (INPC), *Investigaciones arqueológicas en la tola Huataviro*, Imbabura. Centro Cultural, PUCE, Quito. Organizado por Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Antropología, PUCE.

29 marzo-2 abril. *Taller DNA Antiguo*. Laboratorio de Genética Molecular de la Cruz Roja Ecuatoriana, Quito. Organización IFEA, Embajada de Francia.

30 marzo. Café Scientifique: *ADN humano el secreto de nuestro origen y diversidad*. Panelistas: Bertrand Ludes, Christine Keyser, Marie Lacan, Nancy Sáenz Ruales. Moderadores: Tania Delabarde, Francisco Valdez. CAFÉLIBRO, Quito.

7 de abril. Jonathan Damp, *La vivienda valdivia. Métodos para la investigación del Formativo ecuatoriano*. Organizada por Museo Nacional, Quito.

29-30 Abril. Tania Delabarde (IFEA), *Cursillo de Antropología Forense para Arqueólogos*, Laboratorio de Arqueología, PUCE, Quito. Cartilla de Trabajo "Taller teórico y práctico de Antropología física y forense" por Tania Delabarde, IFEA.

29 abril- 12 mayo. Jonathan Damp, Ciclo de talleres sobre "Sistema Nacional de sitios arqueológicos y ciudades patrimoniales". Ministerio de Cultura del Ecuador, Quito.

4 de mayo, Josefina Vásquez, *Arqueologías y etnogénesis de las Américas*. Organizado por Universidad de San Francisco de Quito, en el Museo Nacional, Quito.

4 de mayo, Tamara Estupiñán, *Rumiñahui, guardián del mallqui de Atahualpa*. Organi-

zado por Universidad de San Francisco de Quito, en el Museo Nacional, Quito.

17 mayo, *Taller internacional sobre gestión del Patrimonio Inmaterial*. Ministerio Coordinador de Patrimonio, INPC, NN.UU., en Universidad Andina Simón Bolívar, Quito.



Almudena, Hernando, 2008, *Arqueología de la identidad*, Editorial Akal, Madrid.

Bahn, Paul, 2009, *Arqueología, conceptos clave*, Editorial Akal, Madrid.

Bahn, Paul; Douglas Palmer, 2006, *Unearthing the past*, Editorial Mitchell Beazley, Londres.

Bancroft-Hunt, Norman, 2004, *Atlas histórico de Mesoamérica*, Edimat Libros, Madrid.

Barros, Cristina; Marco Buenrostro; Michael Calderwood, 2003, *Cocina prehispánica, continuidad cultural: recetario, textos y selección de recetas y citas*, 2003, Edición especial de la Revista "Arqueología Mexicana", N° 12, México.

Bass, George F., 2007, *Bajo los siete mares*, Editorial Blume, Barcelona.

Bermúdez de Castro, José María, 2009, *El chico de la Gran Dolina*, Editorial Crítica, Barcelona.

Bruhns, Karen O., y Nancy L. Kelker, 2010, *Faking the Ancient Andes*, Left Coast Press, Walnut Creek, CA.

Bruhns, Karen O., y Nancy L. Kelker, 2010, *Faking Ancient Mesoamerica*, Left Coast Press, Walnut Creek, CA.

Campbell, Chryl, 2009, *Arqueología*, Editorial Blume, Barcelona.

Cordero Ramos, María Auxiliadora, 2009, *El cacicazgo cayambi. Trayectoria hacia la complejidad social en los Andes septentrionales*, Ediciones Abya-Yala, Quito.

Chapa Brunet, Teresa, 2008, *Arqueología del trabajo*, Editorial Akal, Madrid.

Drennan, Robert D., y Santiago Mora, comps., 2002, *Investigación arqueológica y preservación del patrimonio en las Américas*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Flegenheimer, Nora; Cristina Bayón, y Alejandra Pupio, 2008, *Llegar a un nuevo mundo. La arqueología de los primeros pobladores del actual territorio argentino*. Editorial Antropofagia, Buenos Aires.

Francovich, Riccardo; y Danielle Manacorda, 2004, *Diccionario de Arqueología*, Editorial Crítica, Barcelona.

López, Gabriel; y Marcelo Cardillo, 2009, *Arqueología y evolución. Teoría, meto-*

*dología y casos de estudio*. Editorial Sb, Buenos Aires.

Manzanilla, Linda; y Luis Barba, 2003, *La arqueología: una visión científica del pasado del hombre*, Fondo de Cultura Económica, México.

Matos Moctezuma, Eduardo, 2003, *Vida y muerte en el Templo Mayor*, Fondo de Cultura Económica, México.

Matos Moctezuma, Eduardo, 2008, *Muerte a filo de obsidiana*, Fondo de Cultura Económica, México.

Pastrana, Cruz; Rafael Alejandro, 2007, *La distribución de la obsidiana de la Triple Alianza en la cuenca de México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

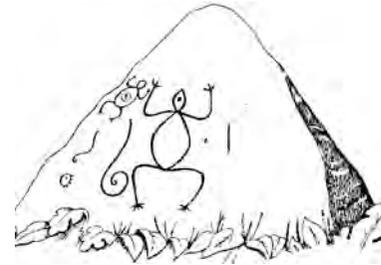
Politis, Gustavo, Luciano Prates S., Iván Pérez, 2009, *El poblamiento de América*, Editorial Eudeba, Buenos Aires.

Ratto, Norma, 2009, *Entrelazando ciencias*, Editorial Eudeba, Buenos Aires.

Schavelzon, Daniel; y Ana Igareta, 2007, *Viejos son los trapos. De arqueología, ciudades y cosas que hay debajo de los pisos*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires.

Schavelzon, Daniel, 2008, *El laberinto del patrimonio cultural: cómo gestionarlo en una gran ciudad*, Editorial APOC, Buenos Aires.

Schavelzon, Daniel; y Jorge Ramos, 2009, *El caserón de Rosas: historia y arqueología del paisaje de Palermo*, Editorial Corregidor, Buenos Aires.



PONTIFICIA UNIVERSIDAD  
CATOLICA DEL ECUADOR  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
ESCUELA DE ANTROPOLOGÍA  
CENTRO CULTURAL

**Simposio  
PETROGLIFOS DEL ECUADOR**

**4 a 8 de octubre de 2010**

Ernesto Salazar (PUCE) y Josefina  
Vásquez (USFQ), coordinadores

### **Convocatoria**

El inventario de bienes culturales realizado por el Ministerio Coordinador de Patrimonio ha permitido registrar una cantidad apreciable de sitios con petroglifos, algunos ya conocidos, y los más, desconocidos en la profesión arqueológica. Dominio un tiempo de aficionados, el estudio arqueológico de los petroglifos ha tomado otra dimensión, al desarrollarse nuevas técnicas de recuperación y preservación de la información, así como nuevas metodologías de correlación cultural y de interpretación iconográfica.

En Ecuador, el estudio sistemático de los petroglifos apenas ha comenzado; por ende es necesario que obtengamos una visión global del universo de manifestaciones rupestres en el país, las condiciones materiales en las que se encuentran y las proyecciones que tiene su investigación.

A este efecto, se convoca a los colegas y personas interesadas a un simposio que tendrá lugar en la PUCE, Quito, del 4 al 8 de Octubre de 2010. Paralelamente, el Centro Cultural de la PUCE ha planificado la presentación de una exposición fotográfica de petroglifos ecuatorianos, la misma que acogerá las contribuciones gráficas de los participantes que deseen contribuir a este evento.

### Información:

Laboratorio de Arqueología, Centro Cultural  
PUCE, 2 piso, tel. 2991-700, ext. 1434  
Coordinadores: J. Vásquez [cjv14@pitt.edu](mailto:cjv14@pitt.edu),  
E. Salazar [esalazar@puce.edu.ec](mailto:esalazar@puce.edu.ec)  
Exposición fotográfica: Gaby Costa  
[gmcosta@puce.edu.ec](mailto:gmcosta@puce.edu.ec)

---

*Se aceptan pequeños artículos de difusión  
y comentarios de estudiantes, profesores  
y colegas arqueólogos*

**Visite nuestro sitio web de arqueología  
ecuatoriana <[arqueo-ecuatoriana.ec](http://arqueo-ecuatoriana.ec)>**